

DE LA DECLARACIÓN SCHUMAN A LA UNIÓN EUROPEA ACTUAL



Coordinación
Carlos Francisco Molina del Pozo



XXV

LA HORA DE EUROPA

Manuel Sanchis i Marco

*Execonomista de la Comisión Europea, exprofesor de la Universidad de Valencia, miembro del Foro España Cívica, una organización no partidista que promueve el compromiso político. Su libro más reciente es *The Poverty of Economics* (Springer, 2024).*

El pasado 9 de mayo se conmemoró el día de Europa, que marca un punto de inflexión en nuestra historia tras más de ochenta años de construcción europea. La segunda guerra de agresión rusa contra Ucrania y el cambio radical en la posición geoestratégica de los EE. UU. convocan a los europeos a la hora de Europa. Estamos obligados a disuadir a Rusia de una eventual agresión a algún país europeo, y a reconsiderar seriamente nuestra alianza con EE. UU. La hora de Europa exige hacer valer que nuestro peso geoestratégico sea acorde a nuestro potencial económico, comercial, de ahorro, financiero y monetario.

La crisis de las *subprime*, la subsiguiente eurocrisis, la pandemia del Covid-19, y la segunda agresión rusa a Ucrania, certifican que la narrativa laica del progreso irreversible ha quedado clausurada. La proponían las élites cosmopolitas, que siempre confiaron en la superioridad moral del respeto a los derechos humanos, la democracia liberal, la tecnología, la racionalidad científica. Este universo mental ha dejado de dar sentido a la vida pública, y ha creado un vacío en el espacio público que ha sido ocupado por el nacional-populismo de izquierdas y derechas, con sus propias narrativas.

Tan temprano como en 1978, la profesora Hélène Carrère d'Encausse profetizó el derrumbe de la Unión Soviética en su obra *L'Empire éclaté. La révolte des nations en URSS* (Flammarion), en él explica cómo la URSS contenía en su seno a cien naciones soviéticas, con su lengua, cultura, historia, y religiones diferentes, en donde no sólo había entonces cincuenta millones de musulmanes, sino también antiguos mongoles, tártaros, pueblos del Cáucaso, kalmukos, samoyedos, ucranianos, etc.

Por otro lado, Eric Hobsbawm calificó al siglo XX como *siglo corto*, pues comprendería desde 1914 hasta la caída del muro de Berlín (1989). A mi juicio,

iría desde las instituciones de Bretton Woods en 1944 hasta la anexión rusa de Crimea en 2014. Hoy en día, hacen falta unas nuevas instituciones, al estilo de Bretton Woods, que den cabida a las nuevas potencias emergidas, no sólo los BRICS, también los países árabes de la OPEP. Un nuevo orden sin potencias vencedoras ni vencidas, que estructure el nuevo orden mundial tras las guerras rusas de agresión a Ucrania. Desde un punto de vista económico, estamos ante una *fragmentación de la globalización* en tres grandes bloques compatibles en su interior, pero incompatibles entre ellos. Por un lado, el americano, de momento al compás del europeo, con un sistema tecnológico, informático y de pagos común y de monedas de reserva a nivel internacional; y por otra parte el ruso y el chino con sus propios sistemas respectivos.

Así pues, es posible que el siglo corto no lo haya sido tanto, pues el final de la Guerra Fría y el trompeteado *Fin de la Historia* nunca consiguieron que Rusia superase el sentimiento de potencia desmembrada y vencida. Sobre las cenizas de la extinta Unión Soviética, fue fermentando el conflicto ruso con Occidente. Putin se valió de este resentimiento del amor patrio herido y mancillado para hilvanar un relato sobre la redención mística de una *Rusia virginal e inocente*, y consolidó su poder apoyándose en los valores tradicionales de la familia.

Por nuestra parte, los europeos y americanos hemos fracasado al organizar la transición de la economía soviética planificada al capitalismo, y durante 1996-1999, propiciamos la emergencia de nuevos oligarcas en torno a Yeltsin. Contribuimos a la creación del *capitalismo gánster*, en palabras de Mira Milosevich (*Breve Historia de la Revolución rusa*, Galaxia-Gutenberg, 2017:243-248). Una vez instalado en el Kremlin, le da ahora la mano a su equivalente en la Casa Blanca.

A partir de 2000, Rusia entró en un proceso de reimperialización y utilizó la guerra híbrida en Europa Central y del Este para aumentar su influencia económica, cuyo objetivo no era otro que el de socavar los valores democráticos y debilitar a Europa. Todo ello se produjo bajo la guía del filósofo fascista-cristiano Iván Ilyin, y al compás de una sed insaciable de territorios y guerras: primera y segunda guerra de Chechenia (1994-1996; 1999-2009), guerra Ruso-Georgiana (2008), y la primera y segunda guerra de Ucrania (2014, 2022).

Para los rusos, la *política de la eternidad* de Ilyin significaba restaurar las fronteras anteriores al derrumbe de la URSS. En 2013, ante la perspectiva de que Ucrania se pudiese integrar en la UE, los rusos empezaron a reinstaurar el imperio en nombre de Eurasia, y empezaron por Ucrania. Ahora bien, Putin no quiere simplemente restaurar las fronteras o zonas de influencia anteriores al derrumbe de la URSS como superpotencia. En último término busca integrarse en Europa, creando un mercado común con Europa, pero bajo el dominio de Rusia, cuyo PIB es inferior al de Italia.

En cuanto a los EE. UU., su vuelco geoestratégico refleja la disputa con China por la hegemonía tecnológica mundial, que pasa por el acceso a las

tierras raras y por el control del Ártico, de ahí su interés por Groenlandia, y por seducir a Rusia para alejarla de China. Estas circunstancias pueden haber pesado en su aparente negativa a respetar las reglas internacionales. Pero su giro geoestratégico quizás responda también a una idea equivocada, según la cual, establecer el imperio de la ley entre naciones conlleva una cierta capitulación de la soberanía nacional. Al poner la soberanía nacional por encima del imperio de la ley entre naciones soberanas, los EE. UU. persiguen sin tapujos la anarquía internacional y se sitúan ideológicamente más allá del neoliberalismo.

En 1945, Sir William Beveridge sostenía que «La abolición de la anarquía internacional significa establecer el imperio de la ley entre las naciones, como en una comunidad ordenada existe el imperio de la ley entre ciudadanos», para más adelante añadir: «Si soberanía significa que una nación no está sólo absolutamente autogobernada para sus propios asuntos sino que está autorizada para ser una ley para sí misma en sus relaciones con otras naciones [...] entonces soberanía significa anarquía, entonces la soberanía es inconsistente con el imperio de la ley y mientras siga hace inevitable la guerra» [*The Price of Peace*, Pilot Press, 1945:51-52].

El mercado común se pergeña finales de los 1940 por tres razones básicas: (i) terminar con las guerras entre europeos; (ii) aprovechar las ventajas económicas de la división del trabajo que estaban limitadas por el tamaño del mercado, mediante la ampliación y creación de un mercado común; y, (iii) rellenar el vacío de poder ante la perspectiva de que lo rellenase la Unión Soviética. De esto último se deriva la Guerra Fría (1947-1991), el Plan Marshall (1947-1951), y, desde abril de 1947, la OTAN.

La presencia estadounidense en Europa con sus bases militares es enorme sobre el total. La razón fundamental, aparte de frenar el poder soviético, fue asegurarse un mercado potencial vigoroso en el futuro en Europa, pero, sobre todo, que las agresiones bélicas de la Unión Soviética a los Estados Unidos no cayesen en suelo americano, sino que se circunscribiesen a las bases USA en suelo europeo. Es decir, que el *Teatro de la Guerra*, si la hubiese, fuese Europa, no EE. UU., como así ha sido siempre. Hoy en día, el cambio americano obliga a Europa a reconsiderar la presencia de sus bases militares, y a apostar por una defensa común europea, una idea que quedó materializada en los tratados de Dunkerque (1947) y Bruselas (1948) de defensa colectiva y asistencia automática en caso de agresión, antecedentes de la Unión Europea Occidental (1954).

El proyecto europeo está lejos de ser perfecto, pero darle la espalda significa emprender un camino de servidumbre voluntaria. Ante Putin, sólo cabe el reame para que no prevalezca la Europa débil y sometida en régimen de feudo-vasallaje que él busca. Será difícil hacerlo porque no sabemos cómo proponer el reame de Europa a nuestras sociedades sin que los partidos políticos que lo preconicen pierdan las elecciones. Disuadir a Putin de la agresión bélica que planea exige reforzar nuestra seguridad (interna y externa)

y defensa colectivas, así como financiar el rearme mediante la emisión de 800.000 millones de euros en deuda común.

Ante Trump, tenemos que hacer frente a su arrogancia americana que promueve la anarquía internacional rediseñando nuestras instituciones al servicio de una genuina política europea de defensa y política exterior, de seguridad y soberanía monetaria, que están llamadas a convertirse en palancas geoestratégicas acordes con nuestro poderío económico. Representamos en torno al 15 % del comercio mundial, por delante de EE. UU., el 17,5 % del PIB mundial, el 24,7 % de los activos de fondos de pensiones del mundo. Pero, sobre todo, tenemos una protección social con los estándares más elevados del mundo, con potentes trampolines para el empleo. La envidia de todos los países.

La respuesta ha de ser más Europa, sin miedo a ser conscientes de lo fuertes que somos. Europea siempre se ha construido a partir de sus crisis. La declaración de Schuman de mayo 1950 afirmaba que «*Europa no se hará* de una vez ni en una obra de conjunto: se *hará* gracias a realizaciones concretas, que creen en primer lugar una solidaridad de hecho».

La idea de la unidad europea no es una fantasmagoría de unos ilustrados locos, al contrario, ya lo decía Ortega y Gasset, el filósofo de la unidad europea. La fantasmagoría es pensar lo contrario: «La unidad de Europa no es una fantasía, sino que es la realidad misma, y la fantasía es precisamente lo otro: la creencia de que Francia, Alemania, Italia o España son realidades sustantivas e independientes [...] porque Europa no es una «cosa», sino un equilibrio [...] Porque el equilibrio o balanza de poderes es una realidad que consiste esencialmente en la existencia de una pluralidad. Si esa pluralidad se pierde, aquella unidad se desvanece. Europea es en efecto un enjambre, muchas abejas y un solo vuelo». [Ortega y Gasset, *La rebelión de las masas*].

Nosotros, los ciudadanos europeos de España, somos conscientes de que ha llegado la hora de la verdad para Europa. Asistimos atónitos, y con furia apenas contenida, a la vuelta de la guerra en nuestras vidas y en nuestra tierra. La agresión de Rusia a un país europeo y soberano como Ucrania pone de manifiesto, si falta hiciere, que el corcel amarillo del nacionalismo, contra el que tanto nos previno Stefan Zweig, sigue cabalgando como la peor de todas las pestes, aquella que envenena la flor de nuestra juventud y de nuestra cultura. Las embestidas criminales de Rusia dirigidas al corazón de Europa desafían nuestros ideales de paz, seguridad y prosperidad, tan esforzadamente contruidos a lo largo de casi ochenta años.

Esta vez sí que nos encontramos en una encrucijada histórica. La brutalidad de Rusia marca un punto de inflexión en la historia mundial y constituye una clara amenaza a la naturaleza irreversible de la integración europea. Nos apremia para cambiar de forma radical nuestro modelo energético y construir un nuevo orden mundial más justo y más humano. Es el momento de la verdad, el del liderazgo político y moral de los europeístas. Será decisivo

si queremos continuar construyendo un territorio de tolerancia y libertades, esa comunidad política inhabitual que llamamos Europa, y cuya unión queremos que sea cada vez más estrecha.

Si queremos evitarla, Europa es el mejor instrumento del que disponemos los europeos para hacer frente con éxito a los nuevos desafíos a los que nos enfrentamos: revertir una demografía envejecida por la alta expectativa de vida y la baja fertilidad, y aplicar políticas migratorias proactivas; impulsar una nueva revolución industrial que descansa en la seguridad energética y las políticas contra el cambio climático; reforzar nuestro modelo de seguridad, interna y externa, y nuestra concepción de la defensa colectiva.

Traducir este potencial de tercera economía mundial en su peso geoestratégico es clave para nuestra soberanía como agente global. También lo es fortalecer la defensa de la ciudadanía y de los valores democráticos europeos. En este envite nos jugamos nuestras libertades y nuestro Estado del bienestar. Europa siempre se ha construido a partir de sus crisis. En la actual, la respuesta ha de ser más Europa, siendo conscientes de que nuestra nueva orientación geoestratégica deberá sopesar con qué países compartimos más valores democráticos que intereses económicos.